

CRÍTICA.

Ecsamen crítico del sistema homeopático. Por el Dr.
TOMAS SANTERO, profesor agregado y catedrático in-
terna en la facultad de Madrid.

(CONTINUACION.)

DOGMA II.



« La enfermedad no consiste para el médico mas que en la totalidad de los síntomas: á hacerlos desaparecer debe dirigirse su cuidado. »

Averiguemos el valor de esta proposición, dice el Sr. SANTERO, que da motivo á que el tan justamente célebre FRANK acuse al autor de la homeopatía de aplicarse exclusivamente al estudio de los síntomas, descuidando de un modo casi vergonzoso la etiología y el diagnóstico.

« En las enfermedades, pues, prosigue se halla todo tan conecacionado como en las mismas funciones, y un síntoma no aparece sin tener relacion con otro: desatender este modo de sucesion y encañamiento sin reparar mas que en la totalidad de los síntomas que se presentan, es no comprender bien el objeto á que se refiere. »

En el dogma anterior hemos manifestado que la enfermedad en homeopatía se la considera y es lo mas natural, como una aberracion ó desarmonía de la fuerza vital reconocida por el conjunto de síntomas observados en los diferentes órganos, sistemas, ó aparatos, en los que, por circunstancias mas fáciles de comprender que de explicar, se expresa, se refleja, y se presenta con mas principalidad el mal.

Reconociendo HAHNEMANN la imposibilidad é inutilidad
Madrid 10 de setiembre de 1845.

de la averiguacion de la esencia de la enfermedad, y ateniéndose únicamente á los datos mas seguros que la observacion atenta nos suministra, y que una exploracion delicada á la cabecera del enfermo nos manifiesta sin necesidad de interpretaciones forzadas, todo lo que hay de morboso y preternatural en el enfermo; siendo en fin los síntomas las únicas manifestaciones de la enfermedad, es claro que haciéndoles desaparecer por medio de un tratamiento apropiado, se ha curado á el enfermo, se le ha vuelto á el estado de salud y armonia en que antes se hallaba.

No obstante de la sencillez y esmerada delicadeza con que procedia HAHNEMANN en la direccion de las enfermedades, y lo bien que ha sabido libertarse de los muchos errores y preocupaciones que hoy reinan en la escuela acerca de las mismas, se le dirigen inculpaciones que lejos de empañar su esclarecido ingenio y raro talento, son á no dudarlo en manos de nuestros críticos una prueba clara de la ignorancia en que se hallan acerca de la homeopatía.

¿Quién, que haya saludado tan solamente la homeopatía, dirá como el Sr. SANTERO que menosprecia con extravagante apatía el estudio de las causas remotas, contentándose con atribuir las enfermedades á la influencia virtual de algunas de ellas?

Precisamente sucede todo lo contrario: en alopatía son contados los casos en los que el conocimiento de la causa dá lugar á el empleo de agentes terapéuticos especiales y directos.

En la mayoría de los casos dicha adquisicion es solo un objeto de mera curiosidad y cuando mas, únicamente sirve para preferir este ó aquel sitio donde se aplica esto ó aquel medio que idénticos en su naturaleza solo difieren en la intensidad. Para evitar interpretaciones en nuestro lenguaje y que se vea la verdad clara y terminantemente pondremos algunos ejemplos á los que esperamos contestacion satisfactoria.

¿Qué agentes especiales recomienda la alopatía cuando un acceso de cólera, un susto, el miedo, un pesar, un amor contrariado, profundas meditaciones etc. etc.

suman á el individuo en una intensa hepatitis, ó en un violento tétanos, en una apoplegia ó desarrollen fuertes accesos de epilepsia, ó histerismo que comprometan la vida del paciente?

¿Qué recursos posee cuando estas enfermedades son producidas por un enfriamiento, ó al contrario por una insolacion, por el abuso de las bebidas alcohólicas, por la repercusion de un eczantema, ó la supresion de un flujo cualquiera? ¿Cuál es la conducta del médico en el triste caso de un envenenamiento reconocido ya por las alarmantes alteraciones que su permanencia ha inducido en el organismo?

Ultimamente: cuando á consecuencia de causas traumáticas (golpes, caídas) se desarrollan accidentes dinámicos de alta importancia, ¿qué tratamiento particular y en atencion á la causa recomienda la antigua escuela?

Hemos mencionado lacónicamente por no ser molestos, las causas que mas principalmente se ponen en juego para la produccion y desarrollo de las enfermedades, y estamos dispuestos si es necesario, á profundizar cuanto nos sea dable en el vasto campo de la etiología para probar hasta la evidencia la ninguna utilidad que le reporta á el médico alópata, el conocimiento de la causa remota, cuando trata de elegir el agente terapéutico que directamente deba combatirla.

Para que no se crea que un espíritu de proselitismo, una fé ciega y sistemática guía nuestra pluma al dirigir á la antigua escuela cargo tan avverso, aunque justo, algunas consideraciones prácticas pondrán fuera de duda nuestro aserto.

Todos sabemos y así consta de la parte etiológica de las enfermedades, que la mayor parto de las causas, son igualmente abonadas para producir esta ó aquella afeccion de tal ó cual naturaleza, en este ó aquel sitio etc.; igualmente sabemos que la variacion de formas, y aun de carácter, son debidas ó á circunstancias puramente individuales, ó á la accion especial y directa de las mismas causas.

Ahora bien: figuremosnos que en un individuo sobre quien

obra una causa moral, un susto por ejemplo, se desarrolla una flegrmasia aguda ya sea visceral ya reumática, ya gastro-intestinal, peritoneal etc.; los medios que la antigua escuela recomienda y generalmente se emplean para la curacion de estas dolencias, ¿tienen algun enlace ó conexión con la causa productora? Seguramente que no.

Supongamos que son producidas por un acceso de cólera, por el abuso de bebidas alcohólicas, un enfriamiento repentino etc. ¿qué se añade á el tratamiento? Es uno y otro caso ¿no es el método antiflogístico lo único que posee la alopatía hoy día y que se usa con mas ó menos profusion?

Cuando los desórdenes causados por la influencia de las causas citadas sean puramente nerviosos, ¿qué influencia ejerce la causa para la eleccion de este ó aquel antiespasmódico, de tal ó cual anodino?

Si se trata de combatir una conmocion cerebral á consecuencia de golpes, caidas, ¿qué ilumina á el práctico el conocimiento de la causa para la eleccion de los remedios? Si se trata, en fin, de poner término á los desastrosos efectos que la permanencia de un veneno ha producido en el organismo, ¿con qué poderosos antidotos (terapéuticos) se cuenta? Con ninguno. La conducta del práctico en este caso está en relacion con la naturaleza de los accidentes que se desarrollen, de tal suerte que emplea el método antiflogístico, cuando el caracter de los síntomas sea inflamatorio; antiespasmódicos ó anodinos, cuando sean nerviosos etc.: es decir, que sin atender á la causa, usa de los mismos medios, que usaria de un caso análogo aunque fuera producido por causas enteramente distintas.

En atencion á las consideraciones espuestas, ¿no tenemos derecho á decir que la incertidumbre que nuestros antepasados dirigían á la homeopatía, es infundada, y el asombro que sobre ella eren tener, fundados en que menosprecia la etiología, es ilusorio ó ideal?

Aun suponiendo por un momento que la nueva doctrina no pudiera utilizar el conocimiento de la causa y contarle como uno de los elementos que deben tenerse presentes para la acertada eleccion del remedio, ¿qué

partido quieren sacar nuestros críticos de este supuesto vacío, cuando la antigua escuela á que pertenecen, ni ha podido, ni puede, ni podrá sacar de la etiología, la grande utilidad que puede prestar á la terapéutica?

Pero afortunadamente la homeopatía utiliza de tal modo la causa, que en muy pocos casos puede prescindir de ella y dejarla de contar como un precioso dato para la averiguación del remedio. En la mayor parte de los casos juega un papel importante, y en muchos, se decide por ella sola, el medicamento que se vá á propinar.

Por consiguiente, y en vista de lo espuesto nos tomamos la libertad (y desearémos nos dispense) de aconsejar á el Sr. SANTERO, que otra vez sea mas reflexivo en asuntos de tanto interés como el presente, que medite y estudie con mas detencion la homeopatía, y en cada página acaso, hallará los datos suficientes para conocer la ligereza con que ha procedido en la cuestion que nos ocupa.

Otro de los cargos que dirigen á la homeopatía, es que desprecia el diagnóstico, ese elemento tan esencial é indispensable para el práctico, y que en alopatía es la única base en que descansa la terapéutica.

¿Qué significará, dice el Sr. SANTERO, un conjunto de síntomas recogidos sin trabazon, en que no se atiende mas que á su existencia, sin dar á cada uno de ellos el valor que en sí y en union con los otros deba tener? No valdrá mas por cierto, que una reunion de letras, valiéndome del símil de Mr. DUPUIS, recogidas á la suerte sin ordenacion alguna, que ofrecerá á el lector un conjunto de caracteres pero sin sentido determinado.

Este es otro de los errores en que incurren todos los que, como el Sr. SANTERO, se lanzan satisfechos á criticar la homeopatía, sin poseer acerca de tan difícil como saludable doctrina, ni el conocimiento mas superficial de sus preceptos, ni la mas sencilla observacion de sus resultados.

Lo que no verdad desatiende y abandona la homeopatía, es esa denominacion gratuita de las enfermedades y la poderosa influencia que ejerce sobre el médico, cuan-

do trata de elegir el medio ó medios que deben emplearse para su destrucción.

Así es que, mientras para el práctico de la antigua escuela la sola averiguación del nombre de la enfermedad le decide ya, por lo general, á la clase de remedios á que debe atenderse para su estincion, de tal modo que despues de hecha su lacónica exploracion resulta, que la conviene, porque así place, una de esas terminaciones griegas de *itis* *rragia* *rea* ó *algia*; si ya no duda, repetimos, llenar en la mayoría de los casos su indicacion cuando son pretendidos antiflogísticos, astringentes, y antiespasmódicos, no sucede así en homeopatía, donde el nombre supuesto de la enfermedad, nada dice de los agentes terapéuticos apropiados á el caso. Esta parte del diagnóstico es la que no tiene en homeopatía la importancia y valor de que goza en la antigua escuela.

Pero entendiéndose, como debe entenderse, por diagnóstico, la apreciacion del valor relativo de cada uno de los síntomas de un grupo dado, ó en otros términos; si se entiende por diagnóstico esa operacion puramente intelectual y sublime por la cual el médico armado de todos sus conocimientos teórico-prácticos procede á la justipreciacion de la índole ó carácter del todo, ó de cada uno de los síntomas componentes de un grupo, entonces si que la homeopatía, lejos de abandonarlo, le utiliza mucho mas que la alopatía.

Expresados los términos de la cuestion, ó lo que es lo mismo, habiendo dicho el modo como debe entenderse el diagnóstico, vamos á proceder á la averiguacion de cual de las dos escuelas utiliza mas tan precioso como interesante trabajo en beneficio de la ciencia y de la humanidad.

Para proceder ordenada y metódicamente en asunto tan trascendental, empezaremos por exponer lo que en la larga serie de siglos ha conseguido la medicina antigua respecto á la materia que nos ocupa.

Prescindiendo de los vanos y estériles esfuerzos que en todos tiempos se han hecho para descubrir la incomprendible esencia de las enfermedades, no se puede menos

de confesar que hoy día se puede decir y con razón, que el conocimiento ú apreciación de los muchos y variados signos y síntomas con que un padecimiento cualquiera se manifiesta á los ojos del observador, ha llegado á tal grado de perfección, que en muchísimos casos (en la mayor parte) se determina con bastante exactitud no solo la índole y carácter del padecimiento sino también el sistema, aparato, órgano ú tejido donde parece tiene su principal asiento. Tales adquisiciones, consecuencia necesaria de una observación dilatada y del adelantamiento y progreso de otras ciencias tan inseparables como necesarias, honran sobremanera á tantos esclarecidos ingenios á cuyo infatigable celo debe la ciencia el grado de desarrollo á que ha llegado. Despreciar tales elementos es no ser médico sino charlatan; curar sin ley ni principio, es el colmo del empirismo mas ciego y rutinario.

Esta es la posición en que nos ha colocado últimamente el Sr. SANTERO al decir que la fase de que nos ocupamos adolece del doble vicio de despreciar los elementos constitutivos de los males, y menospreciar el estudio de las causas remotas. Ya hemos manifestado cuan equívoca es esta última aserción, puesto que es la alopatía la escuela que careciendo de una terapéutica racional y filosófica, inutiliza casi completamente los datos que la etiología puede prestar para la acertada elección de un remedio.

Peregrina es por cierto la lógica de nuestro crítico al pretender impugnar la homeopatía alegando en vez de razones apoyadas en el estudio y práctica de la nueva doctrina, defectos y vacíos propios de la escuela á que pertenece el sistema de quien hablamos.

Efectivamente: vamos á dar una rápida ojeada acerca del valor práctico de los diferentes signos que convertidos en síntomas por el médico, son, en unión con la causa, la base segura en que estriva todo tratamiento.

El estado moral del enfermo es una circunstancia tan apreciable y recomendada, como variable en sus formas y carácter. ¿Qué partido saca la antigua escuela de esta consideración? ¿Qué lugar ocupa en la mente del médico cuando trata de emplear los medios curativos apropiados?

Cualquiera que sea el autor de patología á quien consultemos, veremos la indiferencia, el olvido, y hasta el silencio en que yace tan precioso indicante. ¿No merece una mirada de atención el dolor con todos sus matices y variedades? ¿Pues qué, el que un dolor sea punzitivo, otro gravativo, aquel tensivo ó pulsativo, este dislacerante etc. no ha de servir mas que para la nueva suposición de que el primero es mas propio del sistema seroso, el segundo del mucoso, y los restantes del celular y muscular? Ultimamente: ¿de qué le sirve al médico alópata que el enfermo acuse que se encuentra peor en la cama, que fuera de ella, durante el calor ó el frío, con el movimiento ó la quietud, etc. etc.? De nada y por tanto es consecuente en no interesarse en saberlo. Concluirémos por no ser molestos con decir: una escuela que tiene que abandonar los datos etiológicos por no tener remedios que esten en armonía con los efectos de la causa (salvo raras excepciones); que desatiende, porque no lo puede utilizar, el dolor con sus matices y variedades, que desprecia, porque ignora su utilidad, una infinidad de circunstancias relativas á la enfermedad en general ó á algunos de sus síntomas; una escuela en fin que menosprecia tantos elementos y circunstancias propias del mal, ¿podrá jactarse de poder poseer algun día una terapéutica segura y eficaz?

Pues esta escuela inculta á su poderosa rival la homeopatía que desprecia y menosprecia de lo que efectivamente no puede prescindir siempre que trata de elegir un agente terapéutico.

¡QUE INCONSECUENCIA!!

(Se continuará.)

MEDICINA PRÁCTICA.

FIEBRES TIFOIDEAS.

Quinta observacion.

Adelita Gonzalez, de 7 años de edad, de temperamento linfático, escrofulosa é imbecil, que vive, calle de Fuencarral, número cuatro cuarto segundo, cayó enferma el 20 de abril de este año y según relación de los interesados acusaba los síntomas siguientes: dolor de cabeza supra-orbitario, fiebre intensa, sed, pérdida del apetito, estrección de vientre, somnolencia y postración; contra este estado emplearon sólo, por disposición del cirujano de la casa, agude cebada, sustancia de arroz y lavativas de agua de malvas hasta el 28 del mismo mes que fui llamado por la tarde, y la encontré en el estado siguiente:

Posición supina, cara pálida, ojos cerrados y hundidos en las órbitas con ojeras profundas, boca abierta, labios secos y cubiertos de moco pardusco, condensado, lo mismo que los dientes, lengua puntiaguda encendida en los bordes y punta y cubierta de una gruesa capa parda en el centro, sed intensa, bebe con frecuencia y mucho de cada vez, aliento fétido, estrección de vientre, sudor copioso de color blanco, pegajoso, y que no alivia, limitado á la mitad superior del cuerpo, al cuello y cabeza, pulso frecuente y acelerado.

Prescripción:—acon. 6.º $\frac{1}{100}$ en cuatro onzas de agua destilada para tomar cada seis horas una cucharada de café, para alimento y bebida, agua de cebada y sustancia de arroz alternadas.

Dia 26 por la mañana, había tomado tres dosis de acon. y el estado de la enferma se había agravado; á mas de los síntomas del día anterior, se habían presentado: herboriginos, meteorismo, orina escasa y encendida con

mucha sedimento latericio, esterior mucoso muy pronunciado, pulso pequeño, no contesta á las preguntas que se la hacen. Los padres de la enferma el estado en que esta se encontraba y que me parecia muy oportuno que se celebrara junta con otros profesores homeópatas á la mayor brevedad. Los padres de la enferma accedieron graciosos y juernos, conposedos á la junta los señores D. Joaquin Lario y D. Roman Fernandez del Rio, y resolvimos de comun acuerdo que se administrase merc-m. de la 12.^a 1/100 en cuatro onzas de agua destilada una cucharada de café cada seis horas; la misma alimentacion.

Dia 27 por la mañana, se habia aliviado la enferma, los sudores estaban muy disminuidos lo mismo que la sed, el pulso se habia desarrollado algo, la boca estaba algo húmeda, la orina mas natural, los demas sintomas nada habian variado, la misma prescripcion.

Dia 28, progresa el alivio, han cesado del todo los sudores, la sed es casi nula, las costuras de la lengua, labios y dientes van desprendiéndose, el meteorismo y los borborigmos han desaparecido, se ha presentado un poco de tos, pero sigue sin contestar á las preguntas y sumida siempre en un sueño profundo, el pulso frecuente y el calor algo aumentado. La misma prescripcion.

Dia 29, continuaba el alivio de todos los sistemas, excepto el estado soporoso. Habia hecho una deposicion liquida de color pardo el dia 28 y otra el 29. Se suspendió el uso de todo medicamento.

Dia 30, habian desaparecido casi completamente todos los sintomas, pero persistian el estado soporoso y la tos, una deposicion liquida de color pardo cada dia, que la hacia en la cama como si no tuviera conciencia de ello, el calor y el pulso estaban casi en estado normal.

Prescripcion: en 8.^a en cuatro onzas de agua destilada para tomar una cucharada de café cada ocho horas. El mismo régimen dietético.

Dia 1.^o de mayo, todos los sintomas habian desaparecido, se suspendió el uso del op. y se le permitieron caldos.

El día 3 empezó á tomar alimentos, y al día seis dejó de verla por estar completamente restablecida.

Apéndice al Organon del arte de curar.

NOTICIA

*Histórica y médica sobre la vida y los trabajos de
Samuel Hahnemann.*

LIBRO I.—VIDA Y TRABAJOS DE HAHNEMANN.

Apenas han pasado diez y ocho meses desde el día en que Samuel Hahnemann ha cedido al vivir. Diez y ocho meses pasados sobre la tumba de un hombre al que sus discípulos y sus amigos habían consagrado una especie de culto merecido, al que sus enemigos habían rechazado sin conocerle y sin haberle comprendido, tan bien poco, sobre todo cuando se trata de juzgar á este hombre y la obra que ha honrado su vida.

En el día, como hace diez y ocho meses, como hace veinte años, las mismas preocupaciones cubren su espíritu, las mismas ideas de Hahnemann, las mismas pasiones le agitan al rededor de su memoria. Pero, en cambio, los que le han conocido y respetado, le respetan todavía mas y le aman mas, á medida que el estudio y la experiencia les revelan cada día mejor las grandes cualidades del que fué su amigo ó su maestro.

En estas condiciones, es posible, es permitido aventurar un juicio sobre el fundador de la homeopatía y sobre sus destinas. ¿Cree que no. Dios vendrá, según á Dios que está (¡oh cuán está!) en que el juicio de que hablo será pronunciado. Oírse sin duda todas las gu-

rantías de imparcialidad, de calma y de perfecta inteligencia de la doctrina, que es imposible encontrar en el momento en que escribo. Entonces se dirá, mejor que lo diría yo mismo, cuanto génio, paciencia, perseverancia, amor á la ciencia y á la humanidad ha necesitado SAMUEL HAHNEMANN, para conducir al punto que la ha llevado, la obra tan grande, tan difícil, y por tanto tan necesaria de reforma en el arte de curar. Entonces también, poniendo su nombre y sus trabajos al frente de los grandes nombres que, en tiempos diferentes, han brillado con el mas vivo esplendor, la historia, siempre imparcial y siempre verídica, le asignará su rango y le hará justicia.

Lo repito, este momento no ha llegado.

Cuando la homeopatía apareció en Francia, los médicos estaban todavía conmovidos por las luchas que suscitó la reforma broussista. Los amigos del reformador creían poseer la victoria, y esta victoria de un día, la juzgaban segura y durable. Sus enemigos se resignaban al silencio, sus armas estaban gastadas, sus miembros fatigados por una guerra de quince años, su inteligencia había agotado los argumentos. Así que la paz fué concluida. Paz engañadora, en que los unos vivían de ilusiones, en que los otros conservaban sus antiguos rencores y la esperanza de una vuelta inevitable á los que ellos llamaban mas sanas doctrinas.

¿Qué tenía pues que hacer, qué podía esperar la homeopatía en el momento en que los broussistas saboreaban las dulzuras del triunfo, en que los enemigos contaban sus muertos y rehacían sus fuerzas aniquiladas? Tenía que producirse sin grande esperanza de ser escuchada. ¿Era posible, en efecto, que los broussistas, que habían quedado dueños del campo de batalla, llegasen tan pronto á dudar de sus principios y consintiesen tan fácilmente en abandonar su conquista? Tanta abnegación llegaría hasta el heroísmo ó supondría débiles convicciones. Pero, si los partidarios del principio de la irritación tenían convicciones resueltas, si eran enérgicos en la lucha, audaces en la victoria, jamás se elevaron hasta el heroísmo.

¿Era posible, por otra parte, que los partidarios de

las antiguas doctrinas saliesen tan pronto de su reposo, para entregarse á nuevos estudios, á esperiencias nuevas? ¿era posible qué, de nuevo, volbiesen á vestir su armadura y entrasen en la liza? tanto valor, forzoso es decirlo, es superior á las fuerzas humanas.

La homeopatía fué pues rechazada sin ecsámen. Lo fue de un modo sumario, por la simple indicacion de su nombre, por el único reconocimiento de su identidad: se obró con ella, así como en las épocas de trastorno y anarquía, los vencedores obran con los vencidos.

Después de diez años, tal es el estado de las cosas, con la sola diferencia de que el broussismo se *envejece y pasa*, y las doctrinas antiguas, hechas pedazos por la mano de Broussais (1), tratan de reconstituir su edificio dándole por apoyo algunos hechos de humorismo nuevos, ó precedentemente mal apreciados.

Que en estas circunstancias, la homeopatía sea bastante temeraria para llamar á la puerta de las academias ó de las facultades; que para facilitarse el acceso del uso ó del otro de estos santuarios, arguya con el bien que ha hecho, con las pruebas que necesariamente le han valido doce años de ecsistencia; desde el momento en que sea nombrada, su sentencia será pronunciada, por modesta que sea su actitud, por humilde que se presente.

Así que tengo razon en decirlo; no ha llegado el momento de juzgar á Hahnemann. Pero, quizá hemos llegado al día en que sus escritos serán mas estudiados que lo han sido hasta aquí; en que por consiguiente, es útil facilitar su inteligencia á los hombres de buena voluntad, animados del amor de la verdad, y que, libres de todo compromiso anterior, abordan la práctica de la medicina, con el sentimiento de los deberes que impone y de las dificultades de que está sembrada.

Lo confesaré sin trabajo: este modo de mirar mi objeto se acomoda mejor á mi debilidad que si se tratase de hacer el elogio y la crítica de aquel cuya memoria honro y cuyos escritos tienen toda mi admiracion.

(1) V. *Exámen des doctrines médicales*. Paris, 1810, in-8, troisième édition augmentée, Paris, 1829 á 1834, 4 vol. in-8.

Hahnemann (Samuel-Christiano-Federico), doctor en medicina, consejero médico del ducado de Anhalt-Koëthen, miembro de muchas academias y sociedades sabias, fundador de la doctrina médica á que ha dado el nombre de HOMEOPATÍA, nació el 10 de abril de 1755 en Meissen, pequeña ciudad de Sajonia situada en el confluente del Elba y del Meissa, ciudad que se enorgullece en haber producido al historiador Schlegel y al poeta del mismo nombre. Su padre, Christiano-Godofredo-Hahnemann, pintor en porcelana, estaba empleado en la fábrica de Meissen. Es autor de un pequeño tratado sobre la pintura á la aguada. Los primeros años de Samuel Hahnemann se pasaron en el seno de la familia, donde recibió su primera educacion y los mas preciosos ejemplos. Desde su mas tierna infancia, se distinguió por un caracter grave y estudioso, un espíritu juicioso y observador, por la igualdad y la dulzura de su caracter. A la edad de doce años, entró en la escuela provincial. El doctor Muller, director de esta escuela, hombre de una alta probidad y de un celo notable, tomó un vivo afecto al jóven Samuel. Distinguió en él una inteligencia tan viva y tan pronta, un ardor para el trabajo tan pronunciado, que por una escepcion tan lisonjera como desusada, le concedió entera libertad en la eleccion de sus lecturas, y le abandonó el cuidado de designar las clases que queria seguir. Frecuentemente, le encargó de la funcion de repetidor junto á los discípulos de su edad. Esta atmósfera de libertad en la que el doctor Muller permitia á las fuerzas nacies de Hahnemann desarrollarse á su gusto, convenia muy bien al que debia abrirse nuevos caminos y librarse tan completamente del yugo de la tradicion.

Terminados los primeros estudios de Hahnemann, su padre, obligado á medir la estension de sus sacrificios con la estension de sus recursos, quiso hacerle abrazar una profesion industrial. El doctor Muller le disuadió de esto fácilmente encargándole de hacer acabar gratuitamente los estudios del jóven Samuel.

Habiendo recorrido el círculo de los estudios académicos, habia llegado el momento de elegir una profesion;

Hahnemann se decidió por la medicina; y en el año 1775, se fué á Leipsick, llevando por todo recurso veinte ducados que su padre le dió al marchar. ¡Esto era poco para el que los recibia! pero era todo lo que podia ofrecer la tierna afeccion del que los daba!

¡Qué triste posicion para un jóven de veinte años! ¡Qué privaciones le esperaban, que cuidados y preocupaciones iban á asaltar su espíritu, á poner á prueba su valor! Hahnemann aceptó sin vacilar una posicion tan difícil y tan nueva. Se decidió á traducir en aleman obras inglesas y francesas, y esperó de este trabajo ingrato los recursos necesarios á sus necesidades y á sus estudios. Un solo punto le dejó perplejo. ¿Cómo podria él bastar al doble trabajo de las traducciones y al de los estudios médicos? Imaginó robar al sueño de cada dos noches una.

- Los que, viendo fumar casi incesantemente al viejo doc-
- tor, no han podido menos de observar maliciosamente
- que proscribire el uso del tabaco, deberán recordar, di-
- ce uno de sus biógrafos (1), que el pobre estudiante que
- esperaba del trabajo de la noche su pan del día siguien-
- te, se vió obligado á buscar en el hábito de la pipa un
- medio de vencer el sueño durante sus laboriosas vigi-
- lias.

En 1777, Hahnemann partió para Viena donde sabia que hallaria mas grandes medios de instruccion. Pero una permanencia de nueve meses en esta capital habia agotado sus recursos. Entonces, dejó á Viena por Leopoldstadt, donde, gracias á la amistad y á la proteccion del archiatro J. Quarín, fue autorizado para asistir á los enfermos del hospital de los monges, y tambien para ejercer la medicina en la ciudad: favor singular que explica la estimacion y la confianza que habia inspirado á este docto y omnipotente profesor. Sin embargo, permaneció poco tiempo en Leopoldstadt. El gobernador de Transilvania le llamó bien pronto á Hermannstadt ofreciéndole á la vez una plaza de bibliotecario y la de médico privado. Hahnemann encontró

(1) V. Notice biographique sur Samuel Hahnemann, par le docteur Ferry.

en el ejercicio de estas dos funciones, la ocasion de entender mucho el círculo de sus conocimientos y de crearse una clientela estensa. Pero conoció que la medicina ejercida en virtud de una simple autorizacion, por lisonjera que fuese para él esta última, no era una posicion á la altura de su carácter y de su talento. Asi, en 1779, dejó á Hermannstadt y se fué á Erlangen, donde el 10 de agosto, sostuvo públicamente su tesis inaugural bajo el título de *conspectus affectum spasmodicorum ætiologicus et therapeuticus*.

Inmediatamente, empezó para Hahnemann una série de emigraciones á que parecia que le obligaban motivos muy diversos. Habitó en Hettstadt, Dessau, donde empleó sus ratos de ocio en el estudio de la química y de la mineralogía, de que hasta entonces no se habia ocupado. Pasó en seguida á Gommern cerca de Magdeburgo, aceptó un empleo bastante corto de médico público, y se casó, en 1785, con Henriqueta Kuchler, hija de un farmacéutico de la ciudad. En 1787, pasó á Dresde, donde encontró numerosos amigos, poderosos medios de instruccion y una grande clientela. El conasegero aúlico Adelung, Daxdorfs y Wagner, primer médico de la ciudad, se unieron á él con una estrecha amistad. De Wagner le estimó demasiado para confiarle, con el asentimiento del magistrado, las funciones de médico en jefe de los hospitales, durante una larga enfermedad de que fué afectado.

Testimonios tan numerosos de estimacion y de afecto de parte de hombres tan altamente colorados se esplican sin duda por las cualidades que distinguian á Hahnemann, pero tambien por los trabajos de que era autor, y que ya empezaban su fama.

Desde 1786, habia publicado en Leipsick un opúsculo sobre el envenenamiento por el arsénico, los medios de remediarlo y los de comprobarlo legalmente. En 1787 apareció un tratado sobre las preocupaciones contra el fuego por el carbon de tierra, y los medios tanto de mejorar este combustible como de hacerle servir para calentar los hornos; en 1787, dirigió á los cirujanos una instruccion sobre las enfermedades vómiticas con la indicacion de una nueva pre-

paracion mercurial. Por el mismo tiempo, insertaba en los anales de Crell, muchos trabajos de una importancia y de una actualidad incontestadas. Asi, indicaba los medios de vencer las dificultades que presenta la preparacion del álcali mineral por la potasa y la sal marina; investigaba la influencia que ciertos gases ejercen sobre la fermentacion del vino; publicaba investigaciones químicas sobre la bilis y los cálculos biliares; hacia conocer un medio muy poderoso de detener la putrefaccion (1789), publicaba una carta sobre el esputo pesado, anunciaba el descubrimiento de un nuevo principio constituyente de la plumbagina (1789), algunas reflexiones sobre el principio astringente de los vegetales (1789), daba, en el Magasin de Baldinger, el modo exacto de preparar el mercurio soluble (1789), se ocupaba de la insolubilidad de algunos metales y de sus óxidos en el amoníaco cáustico; en fin enriquecía la biblioteca de Blumenbach con reflexiones juiciosas sobre los medios de precaver la salivacion y los efectos desastrosos del mercurio, é insertaba en los anales de Crell una nota sobre la preparacion de la sal de Glauber (1792).

Tantos trabajos diversos, que se referian todos del modo mas directo al mantenimiento de la salud publica, debian fijar las miradas sobre Hahnemann, y las fijaron en efecto. No hay pues de que admirarse si su reputacion se estendia ya á lo lejos; y si desde 1791, la sociedad económica de Leipsick y la academia de ciencias de Maguncia le llamaron á su seno.

Despues de cuatro años pasados en Dresde, Hahnemann volvió á Leipsick, teatro de sus primeros estudios y de sus vigilias mas penosas. Mas volvió á esta ciudad precedido de la buena reputacion que le habian valido sus trabajos, sus sucesos y las amistades poderosas de que he hablado.

Entonces, Hahnemann habia llegado á esa época de la vida en que todo médico ha dado á la sociedad las garantías de saber, de experiencia y de moralidad que tiene derecho á exigir. Los diferentes servicios públicos que le habian sido confiados, los brillantes resultados de una práctica estensa, los conocimientos tan profundos como

variados que habia adquirido en las posiciones diferentes en que se habia encontrado, todo debia hacerle presagiar un feliz porvenir. ; Renunció á todas estas ventajas! Por un acto de voluntad de que su vida ofrece numerosos ejemplos, rompió su porvenir renunciando á la práctica de la medicina, volvió á su antigua pobreza y á ese oficio de traductor, en adelante su única esperanza y el único sosten de su familia.

¿ Donde habia tomado Hahnemann los motivos de una determinacion tan estraña y tan poco razonable en apariencia? La medicina no tenia ya su fé. Para él, el arte de curar era una cosa vana y esteril en sus promesas y en sus resultados.

Su conciencia se indignó con la idea de continuar unido á una profesion que prometia siempre un bien que no daba jamás. Por deber y por disgusto, la abandonó pues. La providencia le recompensó con usura de haber obedecido al grito de su conciencia ; pero le sometió á duras pruebas. Asi obra con los que conduce á los altos destinos.

A contar desde este momento, todo el tiempo de Hahnemann fue dividido entre las ocupaciones de traductor y los estudios de química á los que su gusto y sus resultados le unian cada dia mas. Si sus trabajos y sus descubrimientos, bajo este último aspecto, le hubiesen valido una reputacion europea, la fortuna no seguia un camino tan rápido como la fama. Para un hombre cargado de una numerosa familia (Hahnemann tuvo de Henriqueta Kuchler once hijos de los cuales ocho viven todavia) los cuidados materiales arrastran consigo penosas preocupaciones. Ganar el pan con el sudor de su frente, vivir hoy incierto de los recursos de mañana, imponerse privaciones é imponerlas á los seres que nos son mas queridos, es una prueba bien dura para una alma elevada. Sin embargo, este dolor tiene sus alivios, cuando los que participan de nuestro destino sienten nuestra pena ó la adivinan, y por su dulzura y su resignacion nos ayudan á llevar el peso de ella. Hahnemann no tuvo este consuelo. Henriqueta Kuchler no comprendió sus escrúpulos; largo tiempo le atormentó con sus quejas,

le persiguió con sus reconvenciones y le creó obstáculos de todo género. A todos estos tormentos de interior, opuso sin cesar una paciencia á toda prueba y buscó en el trabajo y en el estudio los únicos consuelos que entonces podia ambicionar. Sus trabajos no carecieron de resultado. Publicó en 1792 en Francfort el primer cuaderno de una obra que tenia por título el *Amigo de la salud*, al año siguiente, la primera parte de un *Diccionario de Farmacia*. Al mismo tiempo indicó la verdadera preparación del *amarillo de Cassel*, tan á menudo empleado en las artes, y cuya composición habia sido un secreto hasta él (1).

Sin embargo, graves enfermedades atacaron á sus hijos. Entonces, sus dudas, sus escrúpulos llegaron á su colmo: el padre temblaba por la vida de los suyos, el médico no tenia ninguna confianza en los recursos del arte. ¿Qué cruel incertidumbre! ¿Será pues posible, se decía Hahnemann, que la providencia haya abandonado al hombre, su criatura, sin socorros ciertos contra la multitud de enfermedades que le asedian incesantemente? Se hizo esta pregunta en un momento bien solemne, en el momento en que la ternura del padre vela con ansiedad y ruega con fervor, en que toda súplica es escuchada, en que toda demanda es respondida; y entonces exclamó: «No, hay un Dios que es la bondad y la sabiduría misma, debe haber también un medio creado por él de curar las enfermedades con certeza (2).» Esta elevación de su alma fué para él como una revelación. Se puso á la investigación, convencido de que encontraría; y tal es el origen de la homeopatía.

La idea de que debia existir un medio de curar las enfermedades con certeza no abandonó ya Hahnemann; y en adelante, todo lo que le restara de vida seria consagrado á la solución de este vasto y útil problema. ¿Porqué, se decía á sí mismo, este medio no ha sido hallado después de

(1) Hacia la misma época, hizo Hahnemann otras publicaciones de menor interés.

(2) Exposición de la doctrina médica homeopática, en los opusculos que la siguen: carta sobre la urgencia de una reforma en medicina, pág. 334 de la trad. castell. del Sr. Coll.

• veinte siglos que existen hombres que se llaman médicos?
• porque estaba demasiado cerca de nosotros y era demasiado fácil, porque no se necesitaban, para llegar á él, ni brillantes sofismas, ni seductoras hipótesis. ¡Bien!
• yo buscaré muy cerca de mí donde debe estar, este médico el que nadie ha pensado, porque era demasiado sencillo.... He aquí, añade, de que modo entré en este nuevo camino.... Tu debes, pensaba yo, observar el modo como los medicamentos obran sobre el cuerpo del hombre cuando se encuentra en el tranquilo estado de salud. Los cambios que determinan entonces no suceden en vano, y deben ciertamente significar alguna cosa, porque, sin esto, ¿para que se verificarían? Quizá es esta la única lengua en que pueden expresar al observador el objeto de su existencia (1).»

Este pensamiento á la vez sencillo y profundo germi-
naba en la cabeza de Hahnemann, cuando un día, traduciendo la *Materia médica* de Cullen, en el artículo de la quina, le chocaron las hipótesis multiplicadas y contradictorias por las que se había intentado explicar su acción. Este cuadro tan fastidioso como incoherente de explicaciones que no explican nada, debía llamar su atención. Resolvió estudiar por sí mismo y en sí mismo las propiedades de un agente tan precioso para la curación de un gran número de enfermedades. A este efecto, tomó, durante muchos días, fuertes dosis de quina, y bien pronto sintió los síntomas de un estado febril intermitente, análogo al que la quina cura. La misma experiencia repetida muchas veces en él y en algunas personas que se entregaron á ella, no le permitió ya dudar que, si la quina cura ciertas fiebres intermitentes, es porque puede desarrollar en el hombre sano trastornos artificiales enteramente semejantes á los de que triunfa. Pero, ¿era este un hecho aislado cuyas conclusiones no se extendían mas allá del hecho mismo, ó bien sucedería con los demás medicamentos como con la quina? Llegado á este punto, ningún hombre permanecería bajo el peso de la incertidumbre; también Hah-

(1) Id. pág. 335.

nenmann experimentó sucesivamente el *mercurio*, la *bella-dona*, la *digital*, la *coca del Levante*, y por todas partes obtuvo una sola y misma respuesta. ¡Ya no hay duda! se ha encontrado una ley terapéutica; y por ella, la ciencia está fundada en una base cierta, el arte posee un guía seguro. ¡En adelante, la relacion natural que une uno á otro y de una manera indisoluble, el medicamento á la enfermedad y la enfermedad al medicamento, está descubierta! La medicina acababa pues de sufrir una revolucion completa. ¿Cuál seria su suerte, que destinos la estaban reservados, que fases debia recorrer? ¡Ah! el autor de este descubrimiento debia resignarse á mil persecuciones, todas mas penosas las unas que las otras. Penas de interior, de que ya he dicho una palabra, rotura completa de los lazos de confraternidad, de los cuales muchos le eran tan queridos; bajas calumnias, que se referian á su caracter y venian á herirle en su delicadeza y en su conciencia, él que habia dado una prueba tan brillante y tan raramente imitada de conciencia y de delicadeza; todo se reunió para hacerle dudar de sí mismo y de su descubrimiento; si fuese nunca posible que un inventor llegase á desconocer la verdad que ha nacido en su espíritu. Los farmacéuticos mismos no temieron invocar contra él el beneficio de las leyes protectoras de su profesion.

Hahnemann se habia hecho un principio de no administrar mas que los medicamentos preparados por él mismo. La legislacion alemana, semejante en esto á la legislacion francesa (1), prohibe á los médicos la dispensacion, aun gratuita, de los medicamentos. Hahnemann se resistió á las prescripciones de la ley, y los farmacéuticos, instrumentos activos de las bajas y miserables pasiones de los médicos, le persiguieron con la ley en la mano, desde Georgenthal, donde aplicó por primera vez la homeopatia, á Brunswick, de Brunswick á Keingslutter, á Hamburgo, á Eclemburgo y á Torgau, hasta en 1814, época en que por tercera vez reapareció en Leipsick, donde profesó y practicó publicamente la homeopatia, hasta en 1820.

(1) V. A. Trébuchet, *Jurisprudence de la médecine, de la chirurgie et de la pharmacie en France*, Paris, 1894 in 8. pág. 344.

Para los que saben juzgar de un descubrimiento por la conducta del que lo proclama, la homeopatía es ciertamente un grande pensamiento digno de toda su atención. Para soportar con calma, paciencia, nobleza y resignación, las mil bastardías que la envidia suscita á un hombre de valor y de talento, necesita este hombre mas que motivos ordinarios.

Una media-conviccion hubiera cedido en un momento ó en otro, mientras que la propiedad de la fé, cuando es ardiente y sincera, es no desmentirse jamás. Sócrates tenia fé en su doctrina; permaneció fiel á ella y la confirmó hasta la muerte. En un orden menos general y por consiguiente menos elevado, Guillermo Harvey tuvo fé en sus descubrimientos, y supo desafiar las persecuciones de sus adversarios, sin exceptuar las denuncias que dirigieron á Carlos I, su protector y su único apoyo. Hahnemann no fue inferior á estos ejemplos. ¿Tenia razon?

Despreciar la ley de un pais es siempre cosa grave por su naturaleza, sobre todo cuando esta ley tiene en su favor la sancion del tiempo, de la opinion, y, preciso es decirlo, cuando se funda en motivos respetables al menos en apariencia. Las ocupaciones del médico son tan multiplicadas, tan estrañas á todo trabajo de manipulacion que le es difícil consagrar á la preparacion de los medicamentos un tiempo suficiente para adquirir la habilidad necesaria á su buena confeccion. En estos limites relativos, la ley es sábia. Pero cuando está concebida en términos absolutos, que obliga en todos los casos y en todas las condiciones, la ley es despótica. ¿Cómo Hahnemann, que habia descubierto una ley terapéutica nueva á la que estaban ligados medios terapéuticos nuevos, habria confiado á nadie mas que á él mismo el cuidado de cumplir sus prescripciones? ¿La mala intencion que encontraba á cada uno de sus pasos, las persecuciones á que estaba espuesto, no le autorizaban á desconfiar de todo socorro estraño? ¿Qué farmacéutico hubiera podido, querido ó sabido ejecutar con inteligencia y fidelidad preparaciones tan en completa desarmonia con lo que habia aprendido y con lo que estaba acostumbrado á hacer? Si se aña-

de á todas estas razones, que Hahnemann había descubierto propiedades curativas en cierto número de agentes considerados hasta él como inertes; que se le perseguía sin fin y sin cesar con las imputaciones mas groseras, ¿quién podría vituperarle su firmeza y su resistencia á las prescripciones de una ley que no podia estenderse á su doctrina? Hasta él, los médicos no habian imaginado todavia que el *lycopodio*, la *sal marina*, el *oro metálico* y algunos otros, pudiesen ser de ninguna utilidad en el tratamiento de las enfermedades. Se hacen en nuestros dias descubrimientos terapéuticos señalados hace mas de enarenta años por el genio de Hahnemann. Citaré de ellos solo un ejemplo. La antigua medicina creyó, hace algunos años, haber encontrado en la sal marina un medio muy poderoso contra la afeccion escrofulosa de los pulmones; ella lo dijo con seguridad, y durante unos dos años, todos los tísicos fueron sometidos á este agente, tan pronto olvidado como preconizado. Desde 1828, en la primera edicion de su *Tratado de enfermedades crónicas*, Hahnemann habia dicho en que especies y en que períodos de esta cruel afeccion la sal marina puede ser útil. ¡Cuántos descubrimientos de este género no nos estan reservados! ¡Cuántas veces no sucederá, que arrastrados por la fuerza de las cosas, los médicos de la antigua escuela darán por nuevos, hechos que la escuela hemeopática reproduce todos los dias! Por todas estas razones la resistencia de Hahnemann fué sabia. Supongamos, por un momento, que con menos luces y una voluntad menos firme, hubiese reclamado los auxilios de la farmacia; ya por mala intencion, ya por ignorancia del farmacéutico, hubiera tenido malas preparaciones. Desde entonces, marchando de insuceso en insuceso, su confianza en sí mismo se hubiera conmovido; hubiera llegado á dudar de su doctrina; á la duda hubiera sucedido la negacion: una grande verdad estaba perdida! Hahnemann supo y comprendió estas cosas, y jamás puso en balanza el testó brutal de la ley con la salud del enfermo y el porvenir de su doctrina. ¡Qué su nombre sea honrado!

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.



Tratado completo de Toxicología, por el célebre médico Mr. Orfila, traducido de la cuarta edición francesa, por el Dr. en Farmacia

D. PEDRO CALVO ASENSIO.

Se han repartido las entregas sexta y séptima de esta interesante publicación. Esta obra tan útil y necesaria a los médicos, cirujanos y farmacéuticos, es de sumo interés para los jueces, abogados y publicistas, por ser el mejor y mas estenso tratado de venenos conocido hasta el día.

Se suscribe en Madrid á 2 rs. adelantados por entrega, en las boticas de Barbolla, Delgado, Badajoz, Ferrarí, Ruiz del Cerro, y en la redaccion calle de la Esgrima núm. 12 cuarto principal. En las provincias se admiten suscripciones, en todas las boticas en que se suscribe al Restaurador Farmacéutico, á razon de 10 rs. al mes.

La obra constará de cuatro tomos distribuidos en 56 ó 60 entregas de 32 páginas en cuarto, á pesar de haberse ofrecido en el prospecto que serian en octavo.

Esta mejora se ha hecho sin alteracion de precio. Cerrada la suscripcion, la obra costará una tercera parte mas.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono concluye en este mes, se servirán renovarlo con tiempo si no quieren sufrir retraso en el recibir de los siguientes números.

Erratas del número décimo.

Pág. 225 línea 32, dice: en, léase es.—Pág. 228, lín. 27, dice: nutriccion, léase nutricion.—Pág. 237. lín. 41, dice: partillas léase patillas.